

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

RREAL y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del mas curioso deseo, manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, vivais siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia, que, así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: "¡Por la fe de hombre de bien, juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como esta! ¡Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno! y ¿no hallaste otro género de castigo qué dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? ¡Cómo! y ¿no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? ¡Apostaré yo, que no tienen hacienda para pagar á quién las rape!—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así, hemos tomado algunas de nosotras, por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes ó

parches pegajosos, y, aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas, como fondo de mortero de piedra; que, puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora, por jamás quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y, si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.—Yo me pelaría las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.” Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: “El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.—Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas á menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es también de saber, que Malambruno me dijo, que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradición antigua, fué compuesto por aquel sábio Merlin. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres, hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno, con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí; y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que, el que lleva encima, puede llevar una taza llena de agua, en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.” Á esto, dijo Sancho: “Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero, por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.” Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: “Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría, por donde yo entendiase que habia hallado el caballero que buscaba, sería

enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza.—Y ¿cuántos caben en ese caballo?” preguntó Sancho. La Dolorida respondió: “Dos personas: la una en la silla, y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.—Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo—El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba *Pegaso*, ni como el del Magno Alejandro, llamado *Bucéfalo*, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué *Brilladoro*, ni menos *Bayarte*, que fué el de Reinaldos de Montalvan, ni *Frontino*, como el de Rugero, ni *Bootes*, ni *Peritoo*, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama *Orelia*, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.—¡Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, *Rocinante*, que, en ser propio, excede á todos los que se han nombrado!—Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.—No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna?—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija; que, volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.—¡Ya lo querria ver! respondió Sancho; pero, pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es, que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin ni almohada alguna! ¡pardiez! yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas, que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto que, sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada.—¡Aquí del rey! dijo Sancho; ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! ¡aun si dijese los historiadores: *El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de Fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla!* pero ¡que escriban á secas: *Don Paralipomenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos*, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré